

RETIRO: “LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO”

VII.- VIVIR EN FAMILIA (DON DE PIEDAD)

(Extraído de “Gustad y ved – Dones y frutos del Espíritu” – Carlos G. Vallés)

VER:

Como estamos reflexionando en estos retiros, en nuestra vida de fe, en general, sabemos mucho, a través de la lectura de los Evangelios, sobre Jesús como Hijo de Dios; también sabemos del Padre, pues su Hijo nos lo ha dado a conocer, y nos resulta bastante familiar, pero acerca del Espíritu Santo, más allá de afirmar que creemos en Él, muchos de nosotros no nos atreveríamos a entrar en detalles.

A muchos nos ocurre lo que a aquellos discípulos que Pablo encontró en Éfeso (cfr. Hch 19, 1-7), a quienes preguntó: “¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?” Ellos respondieron: “Ni siquiera hemos oído hablar de que exista un Espíritu Santo”.

Por eso, necesitamos aumentar el trato con la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, para caer en la cuenta de que la manera por la que Dios llega hoy a nosotros es el Espíritu Santo, y descubrir que es una Persona tan real como el Padre y el Hijo.

El Padre, para acercarse al ser humano, envía a su Hijo por obra del Espíritu Santo. Y el Hijo, tras su Muerte, Resurrección y Ascensión, junto con el Padre envía al Espíritu Santo. Ahora, quien siente y sigue al Espíritu siente y sigue a Jesús y al Padre. El Espíritu Santo es mensaje, es presencia, es vínculo de lo más íntimo de Dios con lo más íntimo de nosotros, y nos espera para establecer con nosotros una relación de intimidad, si es que sabemos reconocer su presencia escondida en las realidades diarias.

Nuestro camino para llegar a Jesús es el Espíritu Santo, como Jesús es el camino para llegar al Padre: del Espíritu a Jesús, y de Jesús al Padre. Así como Jesús hace presente al Padre con su caminar entre los hombres y mujeres de su tiempo, así el Espíritu Santo hace presente a Jesús hoy en nuestro caminar.

En el retiro anterior estuvimos profundizando en el “Don de Ciencia”, mediante el cual el ser humano accede al conocimiento de las dimensiones de la realidad que no se perciben sólo por medios técnicos pero que son reales. El ser humano, iluminado por el Espíritu Santo con el “Don de Ciencia”, “conoce” profundamente las realidades temporales y descubre el reflejo de Dios en ellas.

Y en este retiro vamos a hablar del “Don de Piedad”, que muchas veces se entiende mal o se considera de manera superficial. Al hablar de piedad, en lo primero que pensamos es en ser una persona de Iglesia, que reza mucho, que tiene muchas devociones... O en tener compasión, “piedad” de otra persona... Sin embargo, las cosas de Dios van por otros caminos, y este don toca el corazón de nuestra identidad y nuestra vida cristiana, y eso es lo que vamos a reflexionar hoy.

Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase, ¿qué sabría decir sobre el Espíritu Santo?
- ¿Lo tengo presente en mi oración, lo invoco expresamente?
- ¿Cómo explicaría, con mis propias palabras, qué es el “Don de Piedad”?

JUZGAR: LA PIEDAD EN JESÚS.

La piedad es una virtud romana: la “Pietas”. Esta palabra denota el sentimiento de amor, reverencia, intimidad... que un buen hijo siente para con sus padres. Es la virtud de la familia. En ella se funda lo mejor que nos dejó Roma, la base de la civilización occidental: el saberse en familia en su propia casa, y luego, por extensión, en la sociedad, y también en la familia universal que tiene por Padre a Dios: la Iglesia.

En esta última acepción, la “piedad” se hizo actitud religiosa y se identificó con el fervor y la devoción y, más allá, con la compasión y la misericordia. Todo ello enriquece la palabra, con tal de que no perdamos el sentido original del que parten todos los demás: el sentimiento filial y confiado del hijo para con su padre.

La piedad es el don por excelencia del Mesías, como fue proclamado ya en el Salmo 2: **Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pídemelo, y te daré en herencia las naciones, en posesión los confines de la tierra (7-8).** El Mesías es esencialmente Hijo. Su filiación le da cercanía y confianza, le da fuerza. Al ser Hijo, hace presente al Padre, habla en su nombre con su autoridad y su poder.

Y este don lo vivió Jesús particularmente en el momento de su Bautismo: (Mc 1, 9-11)

Llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua vio rasgarse los cielos y al Espíritu descender sobre Él como una paloma. Se oyó entonces una voz desde los cielos: **“Tú eres mi Hijo amado, en Ti me complazco”.**

Jesús, en su Bautismo, hace realidad la profecía del Salmo. Es un momento de gracia, de consagración, de filiación. La misión que va a desempeñar es una misión de toda la “Familia Dios”: del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo.

El Espíritu desciende y con su “Don de Piedad” hace a Jesús sentirse Hijo amado. El Espíritu Santo formó a Jesús, Hijo de María Virgen, en los comienzos de Nazaret, y ahora Él anuncia su filiación respecto al Padre al presentarlo al pueblo que lo espera: Jesús es el Mesías consagrado por el Espíritu en su naturaleza de Hijo de Dios.

En el Evangelio encontramos el papel continuado que el Espíritu juega en la filiación de Jesús, pero hay un momento en particular: la reacción de espontánea de Jesús cuando, tras enviar a sus Discípulos de dos en dos a anunciar el Evangelio, éstos regresan contentos, con el entusiasmo rebosante del primer éxito: **Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre.** Y Jesús se alegra con la alegría de sus amigos, se contagia de su entusiasmo y prorrumpe en lo que alguien ha llamado “el Magnificat de Jesús”:

En aquel momento, el Espíritu Santo llenó de alegría a Jesús, que dijo: **“Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has dado a conocer a los sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, y quién es el Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar”** (Lc 10, 21-22).

Cuando Jesús se llena del Espíritu, la primera palabra que le viene a la boca es “¡Padre!”. El Espíritu le recuerda su filiación, le hace sentirse Hijo, le hace volverse al Padre con amor y agradecimiento y alabanza. Ésa es su misión, y ése su don.

Para la reflexión:

- ¿Qué me aporta para mi vida de fe entender la “piedad” como el sentimiento de amor y confianza de un hijo para con su padre?
- Cuando Jesús se llena del Espíritu, la primera palabra que le viene a la boca es “¡Padre!”: ¿Recuerdo alguna ocasión en la que también he tenido esa experiencia?

LA PIEDAD EN NOSOTROS.

Nosotros, que hemos recibido el Bautismo, también hemos recibido el “Don de Piedad”, el don de sentirnos hijos, el don de tener a Dios por Padre y saberlo y disfrutarlo con alegría filial, el don de “vivir en familia” con Dios. Como escribió san Pablo en la carta a los Romanos:

Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues bien, vosotros no habéis recibido un Espíritu que os haga esclavos, de nuevo bajo el temor, sino que habéis recibido un Espíritu que os hace hijos adoptivos y nos permite clamar: “Abba”, es decir, “Padre”. Ese mismo Espíritu se une al nuestro para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, toda vez que, si ahora padecemos con Él, seremos también glorificados con Él. (8, 14-17)

El “Don de Piedad” indica nuestra pertenencia a Dios y nuestro vínculo profundo con Él, un vínculo que da sentido a nuestra vida y que nos mantiene firmes, en comunión con Él, incluso en los momentos más difíciles y tormentosos.

El “Don de Piedad” nos hace experimentar la felicidad fundamental del cristiano, de la que todas irradian: somos hijos del Padre porque participamos del Espíritu del Hijo; y así como Jesús, cuando “el Espíritu lo llenó”, exclamó “¡Abba-Padre!”, así nosotros, al recibir de ese mismo Espíritu el “Don de Piedad”, nos atrevemos, como Jesús nos enseñó, a llamar a Dios “Padre”, más aún, “Papá”.

Al llamar a Dios “Abba-Padre”, lo hacemos no con el formalismo frío de una convicción intelectual, sino con el acento íntimo y personal con que Jesús mismo lo hacía, ya que es el mismo Espíritu el que mueve nuestros labios. Ése es el secreto del “Don de Piedad”: no es simplemente el argumento teológico que lleva a la mente a una conclusión lógica; es mucho más que eso: es el aliento cálido, la emoción interna, la intimidad familiar, la amistad fraterna del hermano mayor y cabeza nuestra: Jesús, de quien aprendemos la palabra “Abba-Padre” y con cuyo afecto la pronunciamos.

Hay muchas maneras de decir “Padre”, pero la nuestra, la cristiana, la inspirada por el Espíritu, es la manera de Jesús: la del sentir por dentro nuestra identidad, la del hacer vibrar esta palabra con el ardor de la fe y la sinceridad del cariño.

El “Don de Piedad” nos hace sentirnos a gusto, en “familia”, estemos donde estemos, porque en todo momento nos sabemos y sentirnos hijos de Dios Padre. Es el don de sabernos protegidos en nuestra vida y acompañados en nuestra muerte, porque somos herederos del gozo sin fin en la morada del Padre.

Para la reflexión:

- ¿Me siento de verdad hijo o hija de Dios Padre? ¿Cómo afecta esto a mi vida cotidiana?
- ¿Me atrevo a llamar a Dios “Abba Papá”?
- ¿Tengo presente que soy heredero de la vida eterna? ¿Me ayuda en las dificultades?

ACTUAR: VIVIR EN FAMILIA.

Si el “Don de Piedad” nos hace crecer en la relación y en la comunión con Dios Padre y nos lleva a vivir como hijos suyos, al mismo tiempo nos ayuda a volcar este amor también en los demás y a reconocerlos como hermanos. Y entonces sí que seremos movidos por sentimientos de verdadera piedad respecto a quien está a nuestro lado y de aquéllos que encontramos cada día.

Algunos piensan que tener piedad es cerrar los ojos, poner cara de estampa, aparentar ser como un santo. Esto no es el “Don de Piedad”. El “Don de Piedad” significa ser verdaderamente capaces de gozar con quien experimenta alegría, llorar con quien llora, estar cerca de quien está solo o angustiado, corregir a quien está en el error, consolar a quien está afligido, acoger y socorrer a quien pasa necesidad.

Necesitamos este don del Espíritu que nos haga no sólo sentir y experimentar, sino también practicar, lo que en teoría creemos: que somos hermanos y hermanas. El “Don de Piedad” es por tanto el don de fraternidad.

La tentación primera del ser humano es desentenderse de sus semejantes. Lo vemos en el relato sobre Caín y Abel: **¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?** (Gn 4, 9). También en la parábola del buen samaritano (Lc 10, 25-37), el sacerdote y el levita pasan de largo ante el viajero herido. Éste es el gran pecado de todos los tiempos: pasar de largo. Mi hermano está tumbado en el camino con dolor y sangre y yo no le hago caso. Da igual que sea dolor físico, necesidad moral, apuro económico, enfermedad, soledad: allí yace mi hermano y yo paso de largo. No hay compasión, no hay fraternidad, no hay piedad.

Necesitamos el don del Espíritu que nos abra, nos alerte, nos sensibilice ante la presencia de cualquier persona para reconocer el sello de familia, la herencia del Padre. El don que nos hace hijos nos hace también hermanos, con todas las consecuencias de amor y servicio, porque no vemos a los demás como enemigos, competidores o una molestia, sino como miembros de nuestra propia familia.

Por último, puesto que el “Don de Piedad” es el don de sentirnos hijos, incluye también en su ámbito la conciencia de sabernos y sentirnos hijos de María, la Esposa del Espíritu, Madre de Jesús y Madre nuestra. El “Don de Piedad”, que nos hace vivir en familia con Dios, nos da en consecuencia a la Madre, que llena esa Familia que es la nuestra, y nos inspira para con Ella toda la confianza, el fervor y la ternura que el mejor hijo puede tener para la mejor madre.

Para la reflexión:

- Necesitamos este don del Espíritu que nos haga no sólo sentir y experimentar, sino también practicar, lo que en teoría creemos: que somos hermanos y hermanas. ¿Cómo se concreta esto, en mi vida cotidiana?
- El “Don de piedad”, que nos hace vivir en familia con Dios, nos da en consecuencia a la Madre. ¿Tengo con María una relación de verdadera “piedad”?
- Tras lo reflexionado, ¿cómo explicaría con mis palabras qué es el “Don de Piedad”?

ORACIÓN PARA PEDIR EL DON DE PIEDAD:

Espíritu Santo, fuente de **piedad**,
te pido que despiertes en mí la conciencia de ser hijo de Dios,
de saberme miembro de la Familia divina.

Y te pido que me des la capacidad de ver en los demás
a mis hermanos y hermanas.

Que cada encuentro sea una oportunidad
de reconocer tu amor en sus vidas,
y que los vea no sólo con compasión,
sino con profundo respeto y dignidad,
como hijos e hijas amados de Dios.

Hazme sensible a sus necesidades,
que el amor fraterno sea mi guía.
Que ninguna dificultad, ningún juicio,
apague en mí esta verdad:
todos somos hijos e hijas del mismo Padre.

Derrama sobre mí tu “Don de Piedad”,
para que cada día viva a fondo
la comunión contigo y con mis hermanos
y mis hermas. Amén.



RETIRO: “LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO”

VII.- VIVIR EN FAMILIA (DON DE PIEDAD)

(Extraído de “Gustad y ved – Dones y frutos del Espíritu” – Carlos G. Vallés)

VER:

- Si alguien me preguntase, ¿qué sabría decir sobre el Espíritu Santo?
- ¿Lo tengo presente en mi oración, lo invoco expresamente?
- ¿Cómo explicaría, con mis propias palabras, qué es el “Don de Piedad”?

JUZGAR: LA PIEDAD EN JESÚS.

Del Evangelio según san Marcos: (1, 9-11)

Llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua vio rasgarse los cielos y al Espíritu descender sobre Él como una paloma. Se oyó entonces una voz desde los cielos: “Tú eres mi Hijo amado, en Ti me complazco”.

Del Evangelio según san Lucas: (10, 21-22)

En aquel momento, el Espíritu Santo llenó de alegría a Jesús, que dijo: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has dado a conocer a los sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, y quién es el Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar”.

- ¿Qué me aporta para mi vida de fe entender la “piedad” como el sentimiento de amor y confianza de un hijo para con su padre?
- Cuando Jesús se llena del Espíritu, la primera palabra que le viene a la boca es “¡Padre!”: ¿Recuerdo alguna ocasión en la que también he tenido esa experiencia?

LA PIEDAD EN NOSOTROS:

De la carta a los Romanos: (8, 14-17)

Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues bien, vosotros no habéis recibido un Espíritu que os haga esclavos, de nuevo bajo el temor, sino que habéis recibido un Espíritu que os hace hijos adoptivos y nos permite clamar: “Abba”, es decir, “Padre”. Ese mismo Espíritu se une al nuestro para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, toda vez que, si ahora padecemos con Él, seremos también glorificados con Él.

- ¿Me siento de verdad hijo o hija de Dios Padre? ¿Cómo afecta esto a mi vida cotidiana?
- ¿Me atrevo a llamar a Dios “Abba Papá”?
- ¿Tengo presente que soy heredero de la vida eterna? ¿Me ayuda en las dificultades?

ACTUAR: VIVIR EN FAMILIA.

- Necesitamos este don del Espíritu que nos haga no sólo sentir y experimentar, sino también practicar, lo que en teoría creemos: que somos hermanos y hermanas. ¿Cómo se concreta esto, en mi vida cotidiana?
- El “Don de piedad”, que nos hace vivir en familia con Dios, nos da en consecuencia a la Madre. ¿Tengo con María una relación de verdadera “piedad”?
- Tras lo reflexionado, ¿cómo explicaría con mis palabras qué es el “Don de Piedad”?

ORACIÓN PARA PEDIR EL DON DE PIEDAD:

Espíritu Santo, fuente de **piedad**,
te pido que despiertes en mí la conciencia de ser hijo de Dios,
de saberme miembro de la Familia divina.

Y te pido que me des la capacidad de ver en los demás
a mis hermanos y hermanas.
Que cada encuentro sea una oportunidad
de reconocer tu amor en sus vidas,
y que los vea no sólo con compasión,
sino con profundo respeto y dignidad,
como hijos e hijas amados de Dios.

Hazme sensible a sus necesidades,
que el amor fraterno sea mi guía.
Que ninguna dificultad, ningún juicio,
apague en mí esta verdad:
todos somos hijos e hijas del mismo Padre.

Derrama sobre mí tu “Don de Piedad”,
para que cada día viva a fondo
la comunión contigo y con mis hermanos
y mis hermas. Amén.

